

I

«*Y he aquí que había un hombre en Villaladrón*»³, es decir, un tipo vivía en Villaladrón, un pequeño asentamiento situado en las cercanías de Villapillo, no muy lejos de Japlapovich y Villacabralechera, entre Yampeli y Strich, junto al camino de Pishi-Yabede que atraviesa Pechijvost hasta Tetrebits, y que desde allí va hasta la ciudad de Yejupets.

«*Y su nombre era Eliyahu*», es decir, se llamaba Shimen-Eli, aunque todos le conocían como Shimen-Eli el Gritón, porque durante la oración en la sinagoga acostumbraba a volverse loco cantando a grito pelado.

«*Y aquel hombre se dedicaba al arte de la sastrería*», es decir, era sastre. Pero no de esos excelentísimos que cosen según las revistas de moda, Dios no lo quiera, sino un sastre de remiendos, esto es, un especialista consumado en el arte de zurcir. Remendaba todo tipo de descosidos de los que después era imposible hallar rastro alguno. Tal era su talento. Y tal su arte dando puntadas que la ropa quedaba como nueva. Por ejemplo, cogía una gabardina harapienta y hacía de ella un abrigo; de un abrigo, unos calzones; de estos era capaz de sacar una camiseta de tirantes, y de ahí lo que hi-

³ Este inicio parodia el comienzo del *Libro de Job* (1:1): “Y he aquí que había un hombre en el país de Us”.

ciese falta. ¡Y no se vaya a pensar nadie que aquel era un trabajo fácil!

En una palabra, era tal el ingenio de este sastre que no tenía parangón en el mundo entero. Y puesto que Villaladrón era un pueblo muy humilde, donde el remiendo de prendas usadas resultaba un fenómeno más bien habitual, Shimen-Eli gozaba de una popularidad inmensa. Solo tenía una pega: era incapaz de convivir con los ricachones. Shimen-Eli se inmiscuía en asuntos públicos, atendía a los pobres maltratados y expresaba sin miedo su opinión sobre cualquier clase de «benefactor» que actuara en el ámbito de la sociedad. Al carnicero le montó una escandalera en público, llamándolo chupasangre y caníbal, y respecto de los *shojtím*⁴ y los rabinos, los cuales tenían amistad con el carnicero, dijo que eran todos una banda de ladrones, una panda de estafadores, bandidos, canallas y explotadores, que ya se podía llevar el Diabolo a semejante calaña, empezando por sus padres y acabando por su abuelo Teráj y su tío Ismael.

Entre los artesanos y miembros de la hermandad La Misericordia, Shimen-Eli era conocido por ser un hombre que «entendía de cancioncillas», lo que en su lengua significaba «hombre versado en el Talmud», porque Shimen-Eli recitaba versículos a diestro y siniestro. Citaba la Guemará y los Comentarios. En realidad, con las citas no daba una a derechas, y nunca venían a cuento: «Oh, nación de mi corazón», «seré pequeño, pero estoy creciendo», «disfruta y alégrate,

⁴ Aquellos que pueden officiar el ritual del descuartizamiento de animales destinados al consumo humano.

porque aun así la vas a palmar», «hete aquí Creador de la Luz», «así está escrito, es decir, como dice el Talmud» y otros dichos y fragmentos parecidos de origen hebreo que siempre tenía escondidos en la manga. Y a esto hay que añadirle su voz, algo más sonora y profunda de lo normal. Conocía como nadie todos los motivos y canciones litúrgicas. Recitaba todas las plegarias de memoria y en el púlpito se desataba, tanto que a veces ponía su vida en peligro. Por si fuera poco, era sirviente mayor en la sinagoga de los sastres y, claro, para no perder la costumbre, se desgañitaba, especialmente durante la festividad del Shimjés-Tóyre, cuando se rezaba «Me has mostrado al único Dios».

Aunque a Shimen-Eli le había rondado la pobreza durante toda su vida, por no decir que, sencillamente, sufría de miseria, él no perdía la esperanza. Al contrario, era de la opinión de que, cuanto más pobre se era, con más optimismo había que responder, y cuanta más hambre se pasaba, más se debía cantar. Tal y como dice el Talmud: «*La pobreza sienta tan bien a los judíos como los botines rojos tradicionales a la moza del lugar*».

En una palabra, Shimen-Eli era un hombre sobre el que se podía decir: «hambriento y mugriento, pero feliz como una perdiz». Era de complexión menuda y belleza distraída. Siempre iba con los alfileres listos, y sobre su moreno cabello rizado portaba trocitos de algodón. Tenía perilla, la nariz un poco chata y el labio inferior le colgaba. Sus grandes ojos siempre transmitían alegría. Andaba a paso de baile, tarareando por lo bajo su cancioncilla preferida: «¡No te agobies, *que el mundo ha sido creado hoy!*».

«*Y aquel hombre tuvo hijos e hijas*», es decir, tenía

a su cargo zagales de todas las edades y hechuras. La mayoría eran hijas, entre las que no faltaban un par de adultas. «*Y estos eran los nombres de su santa mujer*», es decir, su esposa se llamaba Chipe-Baile-Raise y era la horma de su zapato: alta, pelirroja hasta decir basta, robusta; en resumen, una mujerona de armas tomar. En cuanto se hubieron casado, ella lo agarró bien fuerte y no lo ha soltado desde entonces. Literalmente. Ella era quien llevaba los pantalones. Él tenía un respeto inmenso por ella. Se cuidaba muy mucho cuando abría la boca, no fuera a ser que le diera en todo el morro. Temblaba de miedo. Como decían por ahí, Shimen-Eli se guardaba los mofletes en el bolsillo, y su única reacción era entonar su cancioncilla preferida. Así está escrito en la Sagrada Torá: «*Y él —es decir, el marido— gobernará —es decir, algo tendrá que decir— por encima de ti —es decir, de la esposa*». ¿Pero qué le vamos a hacer? Ni todos los monarcas de Oriente y Occidente, aunque se aliasen, serían capaces de controlarla.

«*Y un día acaeció así*», es decir, ocurrió la siguiente historia. Un día de verano como cualquier otro, Chipe-Baile-Raise regresó del mercado a casa. Arrojó sobre la mesa la ristra de ajos, el perejil y las patatas, y dijo, irritada:

—¡Ya se los podía llevar el Diablo! Vaya asco, todos los días me tengo que devanar los sesos para decidir qué cocinar. ¡Hay que tener la cabeza de un ministro! Otra vez *kluski*⁵ con judías, y después más *kluski* con judías. Que Dios me perdone por estas palabras,

⁵ Bola de masa que se come en sopas y guisos.

pero es que, por ejemplo, Nejúme-Bruje, incluso ella, tan pobretona, miserable y mendiga, tiene una cabra. ¿Por qué? Porque tiene por marido a Láiser-Shlóime, que es sastre, y pese a ello, ino deja de ser hombre! Ya ves, una cabra, como quien no quiere la cosa. Allí donde hay una cabra, hay leche para los niños y a veces es posible preparar papilla de alforfón. Se puede cenar un plato caliente e incluso, de vez en cuando, hasta un cacito de nata, un pedazo de queso y un poco de mantequilla. ¡Así se aprovecha!

—He de admitir que, por desgracia, sin duda tienes razón —respondió Shimen-Eli, con timidez—. En uno de los Comentarios se dice: «*A cada hijo de Israel le está asegurada una parte de vida celestial*», es decir, cada judío debería tener una cabra. Así está escrito, el versículo es más claro que el agua.

—¿Y qué hago yo con tu versículo? —gritó Chi-pe-Baile-Raise—. Yo le digo: cabra, y él me contesta: versículo. Ya te voy a dar yo versículo, ¡justo detrás de las orejas! ¿Acaso los versículos me van a dar a mí de comer? Menudo padre de familia estás hecho, ¡gañán! No estará alguien escuchando esto, porque cambiaba yo toda tu sabiduría por una sopa de leche.

Compartió con él otras muchas lindezas de esta clase. La misma escena se repitió unas cuantas veces más a lo largo del día, hasta que Shimen-Eli aseguró a su esposa que podía irse a dormir tranquila: él, Shimen-Eli, intentaría conseguirle una cabra con la ayuda de Dios.

—No grites más, tendremos una cabra, ite lo aseguro! Lo más importante es confiar en Dios. «¡No te agobies, *que el mundo ha sido creado hoy!*!».

Desde ese día Shimen-Eli comenzó a ahorrar un

céntimo tras otro. Renunció a cosas esenciales. Empeñó su abrigo del Sabbath para poder hacer frente a los pagos semanales.

Cuando por fin hubo reunido unos cuantos rublos, decidió que ya era hora de echar al zurrón cuatro frutos secos mal contados y marchar a Villacabra-lechera para comprar la cabra. ¿Y por qué allí precisamente? Por dos motivos: el primero, porque era la villa de las cabras lecheras, tal y como su nombre indicaba. En segundo lugar, Chipe-Baile-Raise había oído cómo su vecina, con la que no se hablaba desde hacía unos cuantos años, contaba que su hermana, de Villacabra-lechera, había estado de visita en su casa y que allí vivía cierto melamed⁶, Jaim-June el Listo, de triste fama, por ser muy tonto. Resulta que este Jaim-June el Listo tenía una esposa a la que llamaban Teme-Gitel la Silenciosa, porque no se callaba ni debajo del agua. Esta misma Teme-Gitel la Silenciosa tenía dos cabras, y las dos eran lecheras. Uno podría preguntarse por qué tenía dos cabras, y encima lecheras. ¿Sería una desgracia de magnas proporciones si solo tuviera una? En este mundo de Dios había judíos que no poseían siquiera media cabra. ¿Y qué?, ¿acaso se morían por ello?

—¡Tienes razón! —dijo Shimen-Eli a su esposa—. Y te digo que ese argumento no es nuevo. Así está escrito, el versículo dice: *Askakurde, dbarbante, dfarshmaite, dkarnose*⁷...

—Mírale, ya estamos otra vez a vueltas con el versículo —rugió la mujer—. Estamos hablando de

⁶ Maestro en un *jéder* o escuela elemental.

⁷ Supuestas expresiones arameas del Talmud que el protagonista deforma hasta volver incomprensibles.

la cabra y tú me sales con el versículo. Vete mejor a casa del melamed de Villacabralechera y cuéntale lo siguiente: «Hemos oído que tenéis dos cabras y que las dos son lecheras. ¿Para qué leches, nunca mejor dicho, queréis dos? Seguro que deseáis vender una, así que vendédmela a mí. ¿Qué más os da?». Tienes que hablar con ellos de esta manera, ¿entiendes?

—Claro que entiendo —repitió Shimen-Eli—. ¿Voy a tener que rogar, aun teniendo mi propio dinero? En este mundo todo se consigue con dinero. «*El oro y la plata hacen bello al gorrino más cerdo*». Lo peor es cuando no lo hay, Dios no lo quiera; entonces, como dice el rabí Shlomo Itschaki: «Para el pobre es como estar muerto», es decir, si no hay qué jalar, vete a roncar, o como dicen por ahí, «*sin huevos no haces tortillas*», o como dice el versículo: *Askakurde, dbarbante, dfarshmaite, dkarnose...*

—Y otra vez con el dichoso versículo. ¡Estoy hasta la coronilla! ¡Ojalá se te trague la tierra! —le dijo Chipe-Baile-Raise.

Le repitió por enésima vez que, ante todo, tenía que intentarlo con el melamed Jaim-June, que podían sacar algún provecho.

—¿Y si el otro no quiere? ¿Por qué no iba a querer? ¿Para qué necesita dos cabras, que encima son lecheras? En el mundo hay judíos, bendito sea el nombre del Eterno, que no tienen siquiera media cabra, ¿y sabes qué? ¿Acaso se mueren?

Y así, todo el tiempo, la misma monserga.